

Blaise Cendrars y Panamá como aventura poética

Giovanna Benedetti
Escritora panameña



Resumen

La autora de este artículo analiza la publicación del curioso libro del escritor francés Blaise Cendrars (1887-1961) *Le Panama ou les aventures de mes sept oncles (Panamá o las aventuras de mis siete tíos)*, de 1918, y la relación del poeta con Panamá.

Palabras claves: literatura francesa, Canal de Panamá, Blaise Cendrars en Panamá, poeta trashumante

Abstract

The author of this article analyzes the publication of the curious book by the French writer Blaise Cendrars (1887-1961), *Le Panama ou les aventures de mes sept oncles (Panama or the adventure of my seven uncles)* (1918) and the relationship of the poet with Panama.

Key words: French literature, Panama Canal, Blaise Cendrars in Panama, nomadic poet

C'est le crach du Panama qui fit de moi un poète!
Blaise Cendrars

En 1918, una pequeña editorial parisina que dirigía el escritor Jean Cocteau puso en circulación 500 ejemplares de una extravagante obra poética que no podía sino llamar la atención. Era un librito impreso en octavo, con un doblez vertical por el medio, de modo que su formato pudiera plegarse y semejar una guía de viaje. La cubierta, brillantísima, repetía verticalmente el mismo motivo marineró en rojo, azul y blanco, y decía lo siguiente:

**Le Panama ou les aventures
de mes sept oncles Blaise
Cendrars Paris, 1918
Éditions de la Sirène 12 bis Rue
de la Boétie**

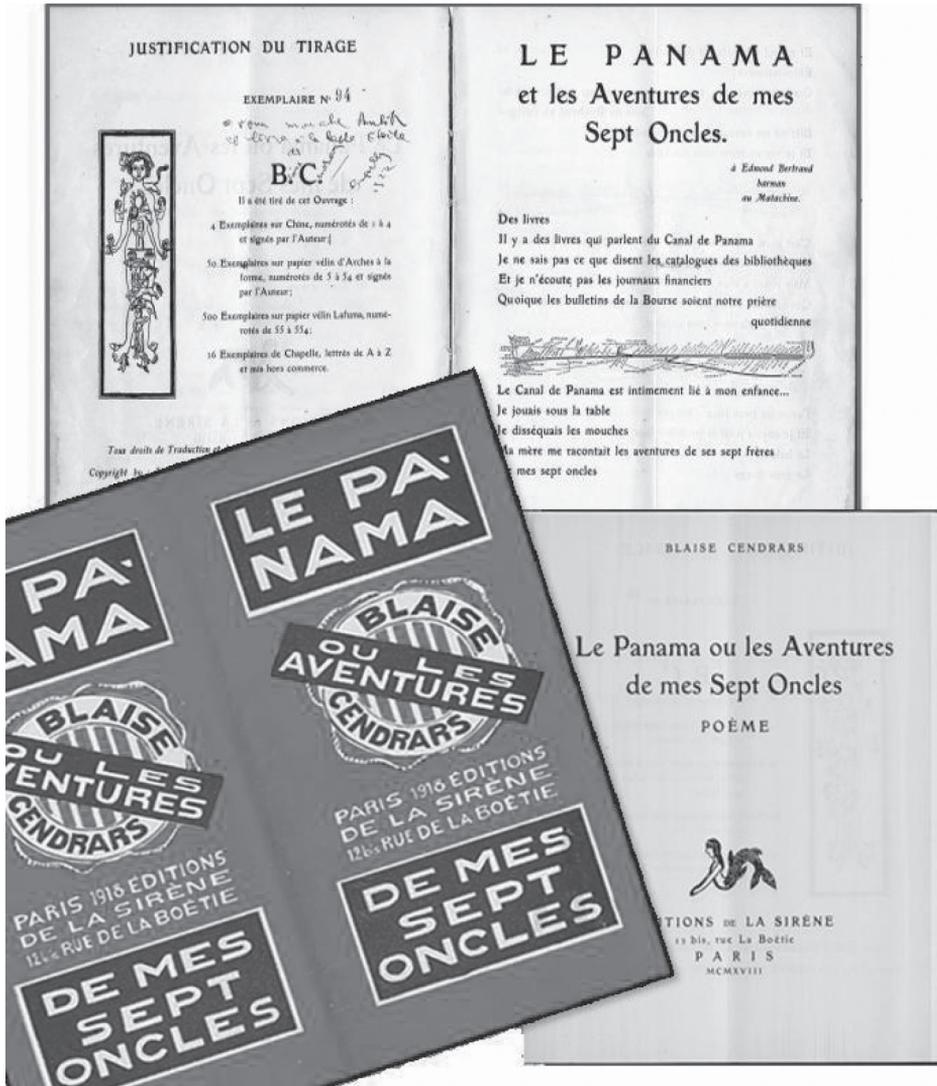
Esta singular publicación —que fue recibida al momento con el entusiasmo anticipado— era la obra de un trotamundos cultísimo, nacido en Suiza, políglota, viajero precoz y lector absoluto; un escritor cosmopolita, iconoclasta, con cara de boxeador enternecido, a quien un obús había arrancado el brazo derecho en la reciente gran guerra. Un poeta vertiginoso, atrevido, innovador (tanto o más, incluso, que el mismísimo Apollinaire), y tan lleno de ingenio creativo y manifestaciones insólitas, que era fama que había conseguido encarnar —literalmente— en su propia alegoría: la de ser la *brasa que arde desde la ceniza*; pues no podía escapar a nadie que aquel seudónimo que Frédéric-Louis Sausser se había dado a sí mismo —Blaise Cendrars—, no era más que una suerte de eufónico anagrama de las palabras francesas: *braise* (brasa), *cen dre* (ceniza) y *ardre* (arder).

Pero... ¿qué se traía con Panamá y quiénes eran esos siete tíos de la aventura?

*El Canal de Panamá está
íntimamente ligado a mi
infancia...*
Blaise Cendrars

Le Panama ou les aventures de mes sept oncles (*Panamá o la aventura de mis siete tíos*) es un larguísimo poema de quinientos diecinueve versos, de aliento épico y trasfondo autobiográfico, donde Panamá (pero no el país —hay que advertirlo— sino el escándalo de la quiebra del Canal Francés: *le crash du Panama*), sirve de hilo conductor a una cautivante historia lírica, llena de evocaciones y aventuras, en la que se mezclan nostalgia, exotismo, fábula y leyenda. Una exuberante película literaria, pródiga en originalidad, intriga, sátira y humorismo, transmitida en un estilo que evidencia las novísimas incursiones estilísticas de las que Cendrars es portaestandarte, con sus juegos de acrobacias lingüísticas, su peculiar poética elástica y sus figuraciones *simultaneístas* y cubistas.

El poema articula un relato tan insólito como fascinante a través de una sarta de peripecias que se originan en la debacle financiera francesa de la Compañía del Canal de Panamá en 1899, y que lleva como protagonistas a siete hermanos de la madre del narrador poético (de ahí los siete tíos), obligados a echarse al mundo luego de *le crash du Panama*. Estos siete tíos, que por alguna curiosa razón responden todos al mismo nombre colectivo Alfred, se comportan como una unidad, no obstante el hecho de que individualmente parecen ir encontrando destinos dispares, según se deduce de todas esas cartas tachonadas de sellos exóticos que



suelen recibirse en casa de la hermana, procedentes de la Patagonia, de Colorado, de Texas...

La ficción de esa parentela desterrada le permite a Cendrars

sumar y dividir los contrastes de su propia trashumancia, utilizando a Panamá (un Panamá metafórico) como prisma reflector. En el poema, este artilugio funciona elegantemente como un doble punto

de ruptura: el de *quiebre* emocional y el de la *quiebra* económica. Esto le da una sorprendente interacción de planos que el poeta maneja con gracia y desvoltura, haciendo gala estilística del *simultaneísmo*. Es decir, entrometiendo miradas alternas y documentos laterales al texto en un afán por lograr, estéticamente, ese valor múltiple que los pintores cubistas obtienen al descomponer sus imágenes o al añadir objetos circunstanciales y efímeros. En *Le Panamá* se incluyen alrededor de cincuenta esquemas gráficos de rutas de trenes y hasta una noticia comercial.

Esta atrevidísima creación poética es sin duda reflejo de una época alucinada por la configuración de nuevos iconos y símbolos: la velocidad, el automóvil, la aviación, los inventos cinemáticos y fonográficos, las proezas de la ingeniería... Semejante concomitancia tenía que impresionar estéticamente a todas las vanguardias; pero quizás solo en Cendrars consigue otra vuelta de tuerca, al quedar amplificadas por su peculiar conciencia geográfica. Y es que Blaise Cendrars, hay que repetirlo, es un hombre esencialmente itinerante, movable, elástico (de ahí el mote que da a sus poemas); alguien que sufre una perpetua sed de espacio y pretende abrazar a la vez todos los hemisferios: dárselo todo de golpe y no una cosa tras otra.

La aventura de Panamá encuentra un nuevo tío

En 1923 *La aventura de los siete tíos* aparece publicada nuevamente junto a otros dos poemas largos: *Les Pâques à New York*, de 1912, y el absolutamente fantástico *La Prose du Transsiberien et de la petite Jehanne de France*, que en 1913 ya había circulado impreso en una sola hoja plegable de dos metros de altura, ilustrado con los *colores simultáneos* de Sonia Delaunay.

Tocaba entonces saltar la barrera del idioma y la primera propuesta de traducción al inglés llegó en 1930, de parte de uno de los mayores escritores del siglo XX: el estadounidense John Dos Passos, autor de la importante novela *Manhattan Transfer* y de la trilogía que incluye *The Big Money*, *The 42nd Parallel* y *Nineteen Nineteen*. Dos Passos, amigo cercano de Hemingway, era parte de aquella famosa generación perdida que entre ambas guerras vivió repartida en Europa, teniendo mayormente por epicentro a París.

De ascendencia portuguesa, John Rodrigo Dos Passos dominaba con fluidez varias lenguas latinas (principalmente español, pues había estudiado arquitectura musulmana en España). Tenía además una excelente habilidad artística para el dibujo y la pintura, por lo que no solo se empeñó en traducir el poema, sino que le añadió una colección de estampas a cuatro tintas coloreadas

al agua, que elaboró a partir de fotografías del Canal de Panamá.

Dos Passos, quien llamaba al ilustre manco el Homero del Transiberiano, comentó que su interés como ilustrador había sido añadirle “*un poco de color marginal a las poderosas metáforas de Cendrars*”; pero lo cierto es que se le fue la tinta, y acabó inventando cosmogonías pictóricas que el poema sinceramente no imagina. Sus briosos y elegantes dibujos no se relacionan con los momentos expresivos del texto cendrarsiano — que gira, recordémoslo, alrededor de la quiebra de la compañía francesa del canal de Panamá—, sino que crean una constelación de figuraciones inéditas y de símbolos de un Canal de Panamá norteamericano, con sus grandes buques, sus esclusas mecánicas y sus compuertas acuáticas, que nada tienen que ver con las andanzas de los tíos y sus remotas aventuras ocasionadas por aquel *crac du Panama* de finales del siglo XIX.

Pero ahí quedan, para delicia de los literatos y bibliófilos.

Como una brasa en las cenizas

Nacido en 1887 en el seno de una familia burguesa afincada en el cantón suizo de Neuchâtel, Blaise Cendrars inicia su trashumancia de la mano de sus propios padres, con quienes vive sucesivamente en Egipto, Nápoles y Basilea, hasta acabar internado en un colegio mayor de Alemania, del

que se fuga con quince años, para iniciar la primera de sus excursiones geográficas, esta vez a bordo del Transiberiano, con el que llegará hasta la China, y visita de paso el Cáucaso, Persia, Afganistán y Mongolia. Al volver de Asia decide quedarse en Rusia, en plena efervescencia revolucionaria, empleándose como ayudante de un joyero suizo de San Petersburgo mientras se refugia en la gran biblioteca imperial, donde un bibliotecario, Sozonov, logra despertar en él los indicios de su incipiente vocación literaria, y es entonces que parece haber escrito.

La leyenda de Novgorod o del oro gris, obra que hasta hace unos veinte años se creyó que no existía, que era un mito cendrarsiano, pero que hoy sabemos entre otras realidades, que el propio Sozonov tradujo al ruso, y que se publicaron solamente cincuenta ejemplares en octavo (veinticinco en francés y veinticinco en ruso) impresos en un extravagante diseño tipográfico de letras blancas sobre papel negro. Y es que el futuro gran poeta y novelista también está destinado a ser un visionario artista gráfico.

Al cumplir los diecisiete años, el joven Saucer está de vuelta en Suiza, inscrito en la Universidad de Berna y dispuesto a hacer la carrera de medicina. En lo que sigue, y entre una cosa y otra, finalmente logrará interesarse por los asuntos del psicoanálisis. Sin embargo, y quizás por esa manía suya de leer



desafortadamente, no podrá alejar la influencia—tanto literaria como mística—de Remy de Gourmont, lo que lo llevará a escribir *Secuencias*, su primer libro de poesía, justo antes de embarcarse en su inaugural travesía transatlántica.

Frédéric Saucer recorre el continente americano por seis años sin parar. Vive en Nueva York, California, Texas, México, Venezuela, Brasil y Canadá, cruzando varias veces el istmo panameño y empleándose como

peón en las obras del canal, hasta que en 1912, a punto de cumplir 25 años, sale de Nueva York y llega a París ya convertido en Cendrars.

Su llegada a la Ciudad luz no pasa desapercibida: funda la revista de arte *Les Hommes Nouveaux*, congrega tertulias, propicia veladas artísticas, imprime afiches literarios, reparte octavillas anarquistas, fija pasquines de “art nouveau” en los portales de las galerías, y ciertamente termina forjando amistades íntimas con lo más célebre y representativo del ambiente parisino: Apollinaire, Chagall, Fernand Léger, Léopold Survage, Modigliani, Csaky, Oleksandr Arjipenko, Robert Delaunay y su esposa la pintora Sonia Delaunay, con quien realizará el diseño gráfico, en 1913, de su *Prosa del Transiberiano* y de la pequeña *Jehanne de Francia*,

una obra simultaneísta donde el texto y la imagen están estrechamente relacionados para producir en el lector una nueva emoción artística.

Pero la mala hora le alcanza al estallar la gran guerra. Blaise Cendrars (que aún no es francés) se alista prontamente en la Legión Extranjera y es destinado a servir en Champagne, como asistente médico, cuando “... una mañana sin sombras, dice, un rayo estridente —un obús— baja como un hacha y le corta la mano que escribe”. Blaise Cendrars pierde el brazo derecho, prácticamente desde el hombro.

Blaise Cendrars murió en 1961, a los 74 años, luego de haber hecho del mundo un gran pañuelo creativo. Movilizó las vanguardias, influenció a los surrealistas, renovó la prosa francesa, introdujo el cine en la literatura, fue

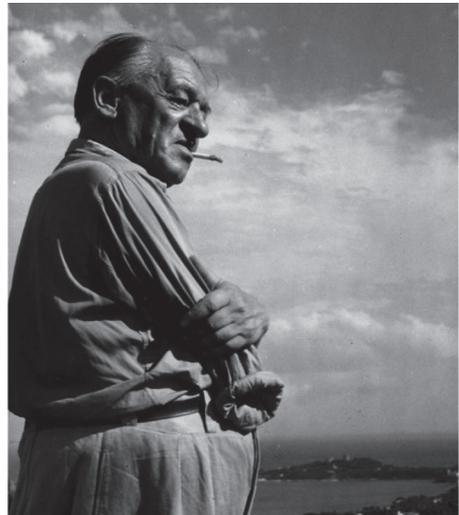


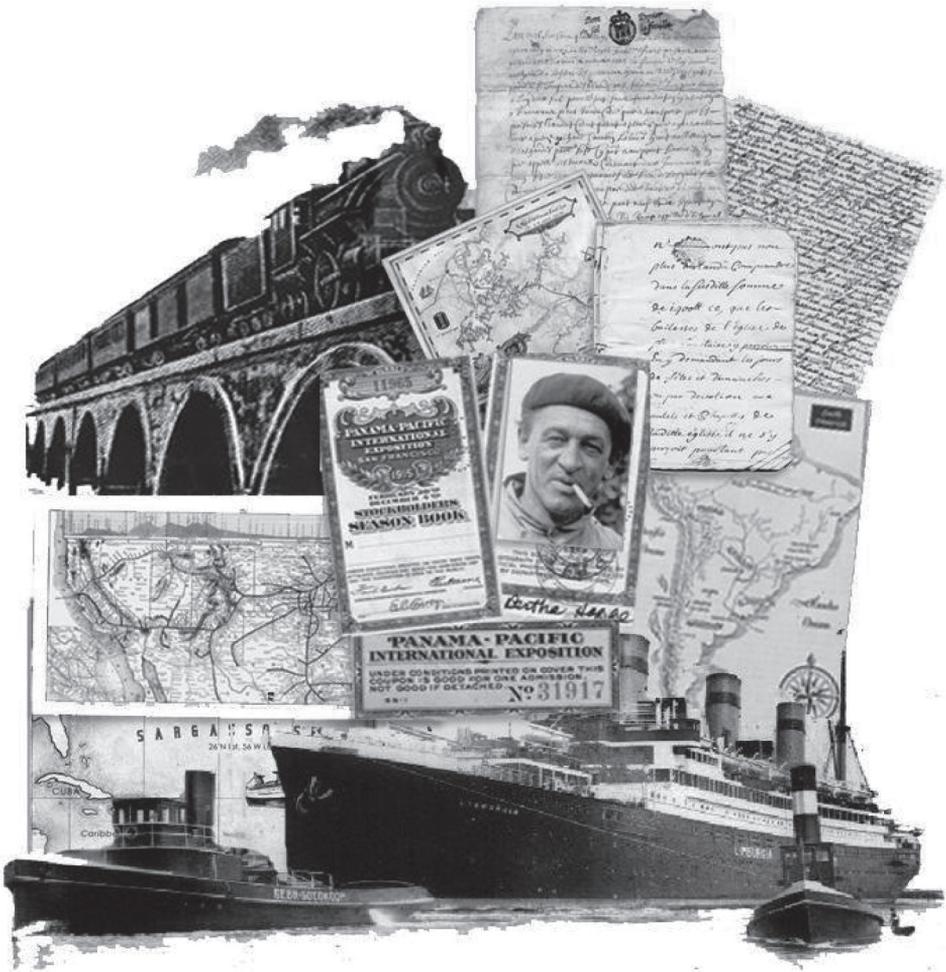
innegablemente el precursor de los *Alcoholes* de Apollinaire (y quizás de sus *Caligramas...*), experimentó con películas móviles, fue un poeta visionario y un avanzado novelista, diseñó sorprendentes estructuras escénicas, compuso coreografías musicales para los ballets rusos y suecos, se apasionó por la cultura africana y fue el primero en reunir sus tradiciones orales en una *Antología negra* en 1921.

Viajero infatigable, dicen que conocía todos los trenes de Europa por su chasquido sobre los rieles, y que el ser manco no le impedía saltar sobre un vagón en marcha, ni conducir un automóvil deportivo, ni conseguir trabajo como peón en la construcción del canal de Panamá... Tuvo que adiestrar su mano izquierda para escribir mientras pasaba

de California a Lisboa (por la vía del istmo), o de Nueva York a Vancouver (otra vez por Panamá), o iba de la Amazonia a Buenos Aires, o de Moscú hasta la Conchinchina a bordo del transiberiano, o exploraba a pie su querido Brasil, donde iría varias veces invitado por los modernistas de São Paulo.

Henry Miller, quien lo admiraba hasta la reverencia, lo describió como el Marco Polo de las letras; alguien que se aventuró a dar la vuelta al mundo, varias veces, para encontrar su propia voz en la literatura. Una literatura tersa, como forjada al fuego, que el mismo Blaise Cendrars se atrevió a comparar con un incendio “*que misteriosamente hace arder asociaciones de imágenes antes de reducir las a brasas crepitantes y a cenizas*”.





Nota: Los collages que sirven de ilustración son obra de la autora, Giovanna Benedetti

